

OPERACIONES DE DESEMBARCO, especialidad de la España de Felipe V

Germán Segura,
Capitán de Artillería y doctor en Historia

Las **Operaciones conjuntas y combinadas en la historia del Arte de la Guerra** es el tema del XXXIX Congreso Internacional de Historia Militar que se celebra del 1 al 6 de septiembre en la ciudad italiana de Turín y que cuenta, un año más, con la participación de la Comisión Española de Historia Militar (CEHISMI). A dicho foro, la delegación hispana lleva las propuestas *El desembarco de Alhucemas*, *La campaña peninsular de sir Arthur Wellesley como paradigma histórico de la guerra combinada y conjunta*, y las *Operaciones conjuntas y combinadas durante las campañas españolas en Italia (1717-1748)*, comunicación que ha presentado el capitán de Artillería y doctor en Historia Germán Segura.

En su exposición, Segura parte de los tratados de Utrecht (1713) y Rastadt (1714), y el mapa político del Mediterráneo occidental dibujado tras la Guerra de Sucesión (1701-1714) y la llegada de los borbones al trono hispano. Se había combatido en Italia, Alemania, Flandes y España. Se luchó hasta que el agotamiento y el acceso del archiduque Carlos al solio imperial condujeron a las potencias europeas a pactar.

PRECIO DE LA PAZ

El coste del conflicto para la monarquía española fue inmenso. A las secuelas propias de la guerra, se sumaron obligadas concesiones comerciales, la pérdida de todos sus dominios en Italia y Flandes, y el abandono de Menorca y Gibraltar en manos británicas. La *Royal Navy* ocupó así puntos estratégicos en el Mediterráneo occidental y se interpuso entre España y Austria, que recibió el Milanésado, Nápoles, Cerdeña y los presidios de Toscana. Sicilia pasó al duque de Saboya.

Felipe V se negó a aceptar los acuerdos que su abuelo, Luis XIV de Francia, había firmado e hizo de la recuperación de esas posesiones un fin prioritario de su política exterior. Acción que secundó su

esposa Isabel de Farnesio, sobrina del duque de Parma, y el abate Alberoni, alma de los negocios de la corte. Por ello, tras reconquistar Mallorca a los austriacos puso sus miras en Italia, suscitando la desconfianza de Reino Unido, Holanda y Francia, que firmaron la Triple Alianza para mantener el equilibrio de Utrecht-Rastadt en 1717.

A primeros de ese año, la monarquía española aprontaba una armada para asistir a la Santa Sede en la lucha contra los turcos, pero cuyo objetivo velado era su uso en Italia a la menor ocasión.

ACCIÓN ANFIBIA SOBRE CERDEÑA

El *casus belli* esperado fue la detención en Milán del inquisidor general de España por las tropas del emperador. Felipe V prefería una expedición a Nápoles, pero la falta de efectivos aconsejaron lanzar una operación anfibia sobre Cerdeña, excelente puente hacia el resto de Italia.

Se encargó de la empresa José Patiño, intendente general de la Marina, que trabajó incansablemente hasta reunir en Barcelona una veintena de navíos de guerra y cerca de un centenar de transportes —muchos de ellos incautados— en los que se embarcaron 8.000 hombres, 600 cañones, 50 cañones de sitio, 12 de campaña y gran cantidad de pertrechos, municiones y víveres para tres meses.

El mando de la flota recayó en el marqués de Mari y el de las tropas expedicionarias, en el marqués de Lede. Zarparon a finales de junio en dos escuadras distanciadas unos días que, por la meteorología adversa, se convirtieron en 20 a su llegada a la bahía de Cagliari (*Cáller* en catalán), lo que permitió a las fuerzas austriacas preparar la defensa.

Con todo, las dos escuadras se conjuntaron hacia mediados del mes de agosto y, el día 22, protegidas por varias galeras, las tropas desembarcaron en una playa cercana a Cáller sin mucha oposición. Protegidas por la flota y la continua llegada de suministros desde Barcelona, las operaciones en tierra se desarrollaron con celeridad.

Las Guerras de Italia pusieron de manifiesto la capacidad de regeneración de los ejércitos hispanos



Augusto Ferrer-Dalmau

La conquista de Cerdeña propició la siguiente expedición, contra Sicilia e inspirada por Alberoni. En el puerto de Barcelona se concentró una flota al mando de Antonio Gaztañeta compuesta de cinco escuadras: 40 navíos de guerra y más de 300 transportes para proyectar cerca de 30.000 hombres a las órdenes de Ledesma, que se hicieron con la isla en pocos días, salvo las plazas de Mesina, Milazzo y Siracusa.

La Triple Alianza, sorprendida por el fulminante rearme español y su agresiva política exterior, autorizó a la flota británica en el Mediterráneo atacar a la española que, sin mediar declaración de guerra y por sorpresa, dejó fuera de combate a más de la mitad de los navíos de Gaztañeta.

CUÁDRUPLE ALIANZA

Además, Reino Unido, Francia, Austria y Saboya firmaron la Cuádruple Alianza (1717-1720) para frenar el expansionismo español y retornar Cerdeña y Sicilia a sus propietarios. Londres declaró la guerra a España a finales de 1718 y Francia al año siguiente, por lo que el conflicto se extendió a otros teatros de operaciones.

La fuerza expedicionaria española quedó aislada en Sicilia, socorrida puntualmente por las galeras que rompían el bloqueo británico. Aún así, las acciones terrestres continuaron. Ledesma derrotó a los austriacos en la batalla de Francavilla —imagen superior—, aunque no pudo auxiliar a Mesina. Sin embargo, el fracaso en Escocia y la invasión francesa de Guipúzcoa y el Ampurdán obligaron a Felipe V a adherirse a la Cuádruple Alianza y evacuar sus tropas de Italia. Al final sólo hubo una ventaja: el reconocimiento de su hijo el infante don Carlos como heredero del ducado de Parma.

Dicho conflicto puso de manifiesto la capacidad de regeneración de las fuerzas militares hispanas, en especial, su espectacular rearme

naval, aunque hecho con tal urgencia que redundó negativamente en la calidad de los materiales y en la instrucción de las dotaciones. Tras la pérdida de los territorios extra peninsulares, la monarquía española tuvo que especializarse en organizar operaciones de desembarco, ya que los objetivos principales de su política exterior estaban en Italia.

Las reformas administrativas de Felipe V habían creado la Intendencia General de la Marina (1705) y la Secretaría de Estado y el Despacho de Marina e Indias (1714) para renovar la Marina española.

El papel de Patiño como intendente general y secretario de Despacho fue fundamental en la recuperación del poder naval español y, en especial, en la organización de las expediciones en el Mediterráneo occidental, en cuyo éxito fue decisiva la compenetración entre intendentes y jefes de flota y de las tropas de desembarco, consagrados al servicio del monarca y conscientes de sus responsabilidades en estas operaciones tan complejas y extremadamente dependientes de la meteorología.

PROPUESTAS TODAVÍA ACTUALES

Los desembarcos en Cerdeña y Sicilia se realizaron con un alto grado de perfección, si bien apenas hubo oposición por parte de los defensores. Su experiencia permitió a tratadistas como el marqués de Santa Cruz reflexionar sobre las operaciones de desembarco y proponer expedientes todavía de actualidad, como usar lanchas con compuertas y transportarlas sobre navíos nodriza o la señalización por banderolas para coordinar la aproximación de las lanchas a los transportes de tropas.

Por último, en los desembarcos y operaciones de bloqueo se revalorizó el papel de las galeras, capaces de proporcionar apoyo de fuego durante más tiempo gracias a su menor calado y mayor maniobrabilidad. No obstante, sin el apoyo de una potente armada de poco servían los

HISTORIA

esfuerzos de las tropas terrestres en un escenario insular. Destruída la flota española en Sicilia, el fracaso de la expedición era cuestión de tiempo y ésta fue una experiencia que los estrategas españoles asimilaron.

Tras la evacuación de Italia, la política exterior española fue errática algunos años. Hacia 1730, el principal fin de Felipe V era la sucesión de don Carlos en Parma. Así, gracias a las gestiones británicas, tropas españolas llegaron a Toscana, Parma y Plasencia. Sin embargo, la disputa por el trono electivo de Polonia, inclinó al monarca hacia Francia y le condujo a una nueva guerra en Italia.

NÁPOLES, SICILIA Y LOMBARDÍA

A finales del año 1733 se firmó en El Escorial (Madrid) el I Pacto de Familia entre los borbones de Francia y España frente a Austria con el fin de asegurar los dominios italianos de don Carlos. La diplomacia española neutralizó al Reino Unido en este escenario, aunque la disputa por Mantua impidió el acuerdo con el duque de Saboya y rey de Cerdeña, aliado de Francia. 20.000 hombres al mando del duque de Montemar embarcaron hacia Livorno y la Caballería partió por Francia. El ejército franco-sardo operó en Lombardía y el infante se unió a Montemar para tomar Nápoles y Sicilia. Ambas cayeron en 1734, lo que convirtió a don Carlos en rey de las Dos Sicilias.

El Ejército español marchó posteriormente a Lombardía, donde los franco-sardos habían realizado grandes progresos y casi aniquilado el poder austriaco en el valle del Po. Sin embargo, a finales de 1735 los franceses pactaron con Austria, y España tuvo que aceptar la paz a costa de perder Toscana, Parma y Plasencia, si bien el infante Carlos se aseguró Nápoles y Sicilia. Pero Felipe V tenía otro hijo con derechos hereditarios en Italia, don Felipe, y, por ende, otra ocasión para reclamar posesiones.

El momento llegó con la Guerra de Sucesión austriaca (1740-1748). En el marco del II Pacto de Familia, Felipe V mandó una fuerza a las órdenes de Montemar, para que se uniera en Orbitello a las tropas napolitanas y avanzar sobre Parma con la connivencia del duque de Módena.

El envío de ese contingente, en varios convoyes, organizados sin un apoyo logístico eficiente y en época de temporales (invierno de 1742), causó el retraso de las operaciones terrestres. Mientras, don Felipe avanzaba por Francia hacia el Piamonte y halló, a su paso por Tolón, la escuadra de José Navarro en tal estado que hubo de permanecer inactiva hasta inicios de 1744. Reactivada, rompió el bloqueo británico en Cabo Sicié —imagen superior—, tras lo que se restablecieron las comunicaciones con Italia.

Al sur, los británicos habían obligado a los napolitanos a declarar se neutrales, con lo que los españoles fueron expulsados de Parma, aunque Madrid obligó al conde de Gages, sustituto de Montemar, a forzar la batalla de Camposanto (1743). Ante la amenaza austriaca, Carlos de

Nápoles se unió a los españoles y derrotó a los imperiales en Velletri (1744); y en el norte, las tropas franco-españolas se impusieron a los sardos en la batalla de Madonna del Olmo (1744).

Éste fue el anticipo de la victoriosa campaña de 1745, en la que los ejércitos hispanos se unieron a franceses y genoveses. Gages batió a los austriacos en Bassignano y don Felipe entró en Milán. Se firmó una nueva victoria en Codogno, pero el ejército borbónico fue derrotado de forma contundente en Plasencia (junio de 1746) y expulsado del valle del Po. Ya no hubo más operaciones de importancia y, tras la paz de Aquisgrán (1748), Austria permaneció en el norte de Italia, pero reconoció la soberanía del infante Felipe sobre Parma, Plasencia y Guastalla.

Estas últimas campañas pusieron de manifiesto la renovada potencia militar de la monarquía española, capaz de organizar varias expediciones

a Italia sin dominar el mar Mediterráneo. Así, cuando la neutralidad de Londres no fue posible, la alianza con París permitió abrir una vía terrestre para el suministro del ejército de don Felipe, aunque el desembarco en la Toscana dependiera más de la Marina.

Desde el punto de vista táctico, el Ejército español y sus aliados se impusieron a las tropas imperiales en numerosas ocasiones, si bien la superioridad

local en número de fuerzas determinó la iniciativa de las operaciones.

El principal problema de la coalición franco-española fue la falta de un mando único capaz de diseñar una estrategia común. Los pactos de familia fueron acuerdos de alta política para aunar esfuerzos contra Austria, aunque la diplomacia del momento jugara a distintas bandas y no se considerara inmoral concluir acuerdos separados.

DIPLOMACIA VERSUS ESTRATEGIA

La ambigüedad política se trasladó al campo de batalla. Los generales habían de seguir los dictados de la Corte, presentar batalla o retirarse sin valorar el terreno, el estado de las fuerzas o el parecer de su aliado.

Durante la Guerra de Sucesión austriaca estas circunstancias fueron aún más determinantes, dada la amplitud de las alianzas y los intereses muchas veces encontrados de las partes.

La paz en Italia dependió del reajuste global de fuerzas en el continente y del esfuerzo diplomático por satisfacer a los contendientes en liza. Uno de los grandes triunfadores fue el duque de Saboya, rey de Piamonte y Cerdeña, quien, tras la época de Napoleón, sería uno de los motores de la unificación italiana y el primer rey de Italia (1861).

Para España, en cambio, las campañas italianas del siglo XVIII evidenciaron que el Ejército servía a los intereses de la dinastía borbónica más que a los de la nación —rasgo de las fuerzas armadas profesionales de la época—, poniendo en manos de sus monarcas unos territorios antaño parte esencial de la monarquía hispánica y que fueron cedidos a los hijos segundones de Felipe V para crear nuevos estados independientes y de difícil vinculación a Madrid en un futuro próximo. ■



Museo Naval